



*Mons. Fray Carlos Alfonso Azpiroz Costa OP*  
*Arzobispo de Bahía Blanca*

**A los estudiantes, maestros y profesores, directivos  
y quienes conforman y dan vida  
a las comunidades educativas en la Arquidiócesis de Bahía Blanca**

Bahía Blanca, 8 de septiembre, 2020  
*Fiesta de la Natividad de María*

El mes de Septiembre –amanecer de la primavera- abraza en nuestro país fechas muy “significativas” para todos y cada uno de los destinatarios de este mensaje. Al mismo tiempo, **septiembre de 2020** nos brinda una perspectiva propia y única: transcurrimos un Año Lectivo - Escolar que, casi desde su inicio, ha sido marcado por modalidades inesperadas: la “cuarentena” ocasionada por la **pandemia “COVID – 19”** (y el consecuente aislamiento, distanciamiento, confinamiento, etc.).

Todo esto ha suspendido prácticamente el carácter «**presencial**» del aprendizaje y los estudios; la docencia y la enseñanza; el trabajo y la cotidiana vida ajetreada (presencial, repito) de todo establecimiento educativo...

Para todos también –con un comienzo algo tímido, aunque, a través de sendas cuotas quincenales, ya instalado después con carácter más prolongado- se abrieron definitivamente las puertas a una modalidad “nueva” que –al mismo tiempo- pareciera haber llegado para quedarse. En efecto, desde la fidelidad creativa de la vocación que los une a todos ustedes, pasará a ser parte de su vida un escenario cotidiano, también real: clases, estudio, escucha, pruebas, lecciones, exámenes, diálogos, charlas, tareas, pero **en forma «virtual»!**

El «patio» - «pasillo» - «aula» - «sala» - «oficina» de alumnos, maestros, profesores, directivos, personal no docente pasó a ser **«la plataforma»** (¡También lo experimentamos en nuestros encuentros diocesanos, en las parroquias y capillas si nos referimos –por ejemplo- al ámbito de la catequesis, planificación de tareas, incluso para las celebraciones!).

Excede a este mensaje la descripción acabada de estos cambios tan acelerados, profundos, universales y de todas sus perspectivas de cara al futuro.

Desde dentro, con la luz de la Palabra de Dios y la acción del Espíritu estamos llamados a no perder la serenidad interior, la capacidad contemplativa de ver lejos, la audacia creadora propia de quienes deseamos **ser siempre fieles a la propia vocación.**

Esto es lo que hacían los “verdaderos profetas”. Ser “profeta” no significa adivinar lo **que irá a pasar** o limitarse a la siempre repetida queja **“¡adónde iremos a parar!”**. El profeta trata de comprender desde la Palabra de Dios, dentro de las circunstancias que le toca vivir, **qué sentido ¡significado! (alcance) tiene lo que pasa, lo que le pasa a cada uno, lo que “nos” pasa.** Así es: Lo que está pasando puede ser un “signo”; signo de la presencia de Dios en los tiempos que transitamos **¡signo de los tiempos!**

¿Qué nos enseña todo esto a educandos y educadores?; ¿qué lecciones de vida nos deja desde la perspectiva de una educación para la vida? ¡Es que, también, ser “profeta” implica **leer la Palabra de Dios, pero tomándole el pulso a la realidad, a lo que acontece**, a aquello que muchos -en este preciso contexto- llaman “la nueva normalidad”! (es decir: no una normalidad ‘fotocopiada’, ‘clonada’, o experimentada ‘*in vitro*’, en laboratorios de expertos o especialistas).

En este presente incierto, estamos tentados de organizar una imaginaria **fuga personal o colectiva** para volver a lo de “antes”, **al pasado** (escondidos y a salvo dentro de coordenadas que más o menos creemos poder controlar, ¡tiempos “idos” que “ya pasaron”, “ya fueron”!). Quizás sentimos también ahora la tentación de intentar ¡una **fuga hacia el futuro!** (aguantando, aguardando que pase la tormenta; soñando poder dominar lo que venga). ¡Pero hablamos más bien de un futuro que realmente no sabemos si vendrá o llegará “tal cual” lo imaginamos, para ajustarlo a nuestras siempre limitadas expectativas!

Dios siembra en nuestros corazones virtudes que nos impulsan a **asumir estos tiempos difíciles para transformarlos en tiempos salvíficos** (y no simplemente en tiempos “fáciles”). La **Fe** nos invita a mirar el pasado con gratitud; nos impulsa a abrazar el futuro con Esperanza... y –también- nos llama a vivir el presente con pasión, con Amor.

Todo estudiante, docente, directivo o aquel que se suma cotidianamente a tantas y tan variadas tareas propias de una comunidad educativa, vive de algún modo esa pasión propia de su vocación y sufre – soporta la pasión que ese mismo llamado motiva o provoca. ¡Este no es un mero juego de palabras!

No podemos vivir sin estar **apasionados por la vocación** de aprender, enseñar y todo aquello que ofrece un marco preciso – precioso para desplegar estas tareas. Me refiero a una vocación que permite una mirada más lejana, más profunda, más alta, amplia e intensa que la mera “garra”, la “fuerza”, el “ánimo”, el “ardor”, la “energía”. Esas cualidades quizás puedan darse en cada persona según temperamentos, tonos o perfiles más o menos diversos. ¡La vocación es “algo más”! ¡eleva, perfecciona, sublima, dilata, ensancha y profundiza esas notas, características, virtudes! ¡La vocación es don, regalo, merced! ¡Hablamos por ello de la gracia de una vocación que es única!: **¡la de aprender y enseñar!, ¡crecer y hacer crecer!** Así es, leemos en el Evangelio, que en la “Escuela de Nazaret”, donde vivía sujeto a sus padres, **Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia delante de Dios y de los hombres**. (Lucas 2, 52).

Al mismo tiempo, esa vocación - pasión por lo que hacemos también nos hace sufrir, padecer, nos duele e incluso nos hace llorar ¡Vaya si no! ¡Y cuánto! ¡Especialmente en esta coyuntura que atravesamos o nos atraviesa! Transitamos una verdadera tormenta, una tempestad. Y todos estamos en la misma barca, viviendo la misma aventura y hasta pareciera que nos hundimos.

Cuando hablamos de Cristo, Maestro, contemplamos en Él la pasión por Dios Padre y por el ser humano, por su pueblo, especialmente por los más desvalidos, pobres, descartados. ¡Él vino para darnos vida, vida en abundancia! (cf. Juan 10, 10). Constatamos y contemplamos que, también, esa misma “pasión” lo llevó a padecer, lo llevó a vivir «la Pasión». Por ello los cristianos confesamos: padeció, fue crucificado, muerto y sepultado...



Cristo sintió miedo, tristeza y angustia ante la inminencia de tiempos difíciles (cf. Mateo 26, 37; Marcos 14, 33; Lucas 22, 39 ss.). Pero el Señor siente también la importancia, la fecundidad, el gozo de transitar esas instancias: *“Mi alma está turbada, ¿y qué diré? ¿Padre, líbrame de esta hora? ¡Si para esto he llegado a esta hora!”* (Juan 12, 27).

¿No es eso mismo lo que a todo estudiante, docente, maestro o profesor, trabajador de la educación le pasa? ¿No se pregunta cada uno por el sentido y valor de lo que hace en circunstancias tan adversas y muchas veces poco o nada reconocidas?

La Fe nos **regala** una memoria agradecida por el paso de Dios en nuestras vidas. Por otra parte la Esperanza nos **dona** la posibilidad de abrazar un futuro que ofrece una dirección definitiva a la vida (la Esperanza es el gozo anticipado de lo futuro; y la eternidad el gozo definitivo de lo esperado) ¡El amor nos **impulsa** a vivir el presente con pasión!

El cristiano **vive la gratitud por lo vivido** en el pasado; **goza ya por lo que espera**, aún en medio de las dificultades del tiempo; **ama el presente** -aún fugaz- porque en este “hoy” se juega no solamente el futuro, sino la vida eterna.

¿No es la educación un campo fecundo para vivir con profundidad estas dimensiones del tiempo? ¿No nos lleva esta vocación a la **escucha atenta de la historia; la vivencia profunda del tiempo que se transita y la apertura preñada de esperanza a lo que está por venir?**


En el aprender y enseñar, el ser estudiantes y docentes, el ser discípulos y maestros ... en el acompañar estas tareas de modos tan distintos como necesarios para asegurar todas las dimensiones de la educación, se juegan esas “medidas” o “coordenadas” del tiempo (ayer, hoy y mañana); los “modos” de vivirlas (memoria, pasión, espera); las virtudes que Dios siembra en cada uno para vivir esta historia (Fe, Amor, Esperanza).

No nos quejamos, no pretendemos fugar al pasado, tampoco esperar que pase el temporal como si esto solucionara todo... Deseamos vivir en plenitud el “hoy” que Él nos concede. Vivir el presente con pasión es tocar la eternidad de Dios, porque Él vive un eterno presente que nos invita desde ahora a esperar.

María, Madre y Maestra de la Merced, aquella que vivió el “hoy” de la Anunciación y de la pobreza del pesebre en Belén; la sencillez del hogar – escuela familiar de Nazaret; el empinado camino del discipulado hasta Jerusalén; incluso el dolor de la Cruz, nos regale el don de vivir el presente con pasión. Sólo así podremos hacer de estos tiempos difíciles, tiempos salvíficos.

Agradecido por la vocación – llamado que han acogido con tanta generosidad y pasión. Los bendigo y les pido me bendigan



  
+ Fray Carlos Alfonso Azpiroz Costa OP  
Arzobispo de Bahía Blanca